

EL DEMONIO DE LA TARDE

JOSEP SAMPERE



ESTOY MUERTO DE FRÍO, pero contento. Muy contento. Casi soy feliz. Es la primera vez que sonrío mientras los dientes me castañetean sin parar. Supongo que algunos tomarían mi sonrisa por un rictus (sobre todo los forenses), pero a quince grados bajo cero casi nadie sonrío como Dios manda. La calefacción se ha estropeado, nieva como si cayera un alud, ya no reconozco el área de descanso donde he aparcado para esperar a que amaine la tempestad: los pinos, blancos y encorvados, han envejecido noventa años en media hora; las mesas de *picnic* son champiñones gigantes. El paisaje se ha ido borrando del parabrisas a medida que se iban rindiendo los limpias, y al final la blancura de fuera se ha confundido con la de dentro.

Ahora estoy recluso en mi coche, como un esquimal en su iglú, mientras en torno y encima de mí se van acumulando panes y más panes de nieve; oigo cómo aumenta su grosor porque se van amortiguando los sonidos y la luz. Dentro de poco, apenas oiré el fragor del viento, solo notaré sus embestidas. Pero entonces, aislado en la penumbra silenciosa, será como si el coche se meciera para hacerme dormir. Como si me hallara encerrado en un capullo que va tejiendo la nieve, en uno de los capullos que he recogido hace un rato y que, cuidadosamente, he

guardado en una lata de pastillas *Fisherman's Friend*. Entonces trataré de dormirme hasta que amaine la tempestad, acurrucado en el asiento y bien arrebujado en la manta (Silvia, bendita sea mi mujer, la puso en el maletero). De momento me ronda el sueño, pero me siento más lúcido que nunca.

Estoy contento. Muy contento. Casi soy feliz. Voy a seguir escribiendo hasta que los dedos se me entumescan. Escribiré hasta que me caiga de sueño. Tengo que contar de dónde viene tanta dicha. Tengo que hablar de Abril y de Julio, de los capullos misteriosos y del demonio de la tarde. Tengo que contar el cuento más fantástico que se me ha ocurrido nunca...

1

LAS COSAS HAN DADO UN GIRO RADICAL, lo mismo que el tiempo. Esta mañana hacía un sol espléndido, pero yo estaba desconsolado. Hundido. Esta tarde nieva como la undécima plaga de Egipto, pero yo estoy radiante. Hoy, de no ser por Silvia (sufrida esposa mía), no me habría levantado de la cama. Pero resulta que me esperaban en otro instituto. «Tenemos con nosotros al escritor Claudio Muns, con el que hablaremos de su último libro». Esta frase contenía una gran mentira al lado de una gran verdad: Claudio Muns ya no es escritor. Antes lo era, pero se acabó. Llevaba tres años sin escribir una frase. El libro, por tanto, sí que era el último. Eso sí que era verdad. Después de *El niño que se reía del hombre elefante*, ya no he vuelto a escribir más libros infantiles. ¿Por qué? No tengo ni idea. Ya no tengo ideas. Colorín, colorado, mis ideas se han agotado. A lo mejor es que he sido malo y Dios me ha dado mi merecido. No lo creo: hay escritores malos que escriben muchísimo, y malos escritores que escriben todavía más. También es posible que lo haya soltado todo. Que ya no tenga nada interesante que contar a los niños. Que «el niño que llevo dentro» ya sea mayor y se haya largado de casa. Da lo mismo. El hecho es que tenía que ir a ese instituto para ganarme el pan (o, por lo menos, el desayuno).

Una horita bastante bien pagada, y dos horitas más de viaje, ida y vuelta. En total, tres horitas. Tenía que ir allá y fingir que era escritor y estaba preparando otro libro. Esa pregunta se repite siempre. «¿Está escribiendo otro libro?» Por supuesto. El día menos pensado os lo tendréis que tragar obligatoriamente. Los profes aseguran que todos los alumnos han leído el libro, «lo han trabajado a fondo» y les ha gustado «un montón». Tonterías. Los alumnos no sienten más que indiferencia por los escritores que los visitan. Para ellos son la lengua visible (más bien audible) de la asignatura de Lengua, y leer sus libros es hacer los deberes. Aun así, alumnos y escritores disimulan muy bien, se tratan con moderada cortesía (una hora pasa volando) y luego cada uno a lo suyo.

Por eso ya hace tiempo que perdí el miedo a que se me comieran vivo. Lo único que necesito, antes de enfrentarme a ellos, es un par de copitas (¡quién las pillara ahora!). Hoy me las he tomado en un bar que quedaba cerca del instituto. He tenido el tiempo justo para cambiar cuatro palabras con la profesora que alquiló mis servicios, Laura. Era menuda y hablaba bajito, como si todo lo que decía fuera un secreto; además lo subrayaba abriendo desmesuradamente los ojos (que encima eran enormes), por lo que el «secreto» parecía aún más grave. «Tu libro me entusiasmó». Ojos de par en par, como si fuera una confianza peligrosa; el tuteo, sin embargo, me sentó bien, casi como una tercera copita, tal vez porque me rejuvenecía las canas, la barriga y las ojeras (ahora, con el frío, son más moradas que nunca). O puede que a un autor de libros infantiles se lo tutee automáticamente, por muy carcamal que sea.

Acto seguido, Laura me ha acompañado a la clase, caminando delante de mí a toda prisa, con la cabeza vuelta a medias y lanzando con los ojos los signos de admiración

que le faltaban a su voz. «Han trabajado mucho el libro», iba murmurando. «Les gusta un montón. Será cosa de una horita. No creo que tengan cuerda para más. Una advertencia, Claudio: ojo con Abril. Mucho ojo. Es una chica de reacciones imprevisibles. No es conflictiva, pero nunca sabes con qué se va a descolgar. Algunos compañeros míos hasta le tienen pavor porque los descoloca. Abril es un nombre que le va de perlas. ¿Conoces el cuadro *La Primavera*, de Botticelli?» (Desde luego: lo había visto reproducido infinidad de veces. Luego contemplé el original, enorme, en la Galería Uffizi, de Florencia. Fue un día memorable. Era nuestro viaje de bodas, nevaba y la galería estaba casi desierta. Silvia y yo, durante tres horas, nos paseamos a nuestras anchas por aquel paraíso terrenal. Al salir teníamos mareos y palpitaciones a causa de tanta belleza. Esa tarde, en el hotel, inspirados como estábamos, creamos el primer boceto del que más adelante sería Julio). «Pues Abril es clavadita a Flora, la diosa de la Primavera, la que está a la derecha de la figura central. La reconocerás enseguida. Melena rubia. Ojos verdes. Sonrisa sibilina. Y flores por doquier. Cuidado con ella. En las demás asignaturas no brilla demasiado, pero sabe escribir. ¡Y cómo...!».

He de admitir que no recordaba la figura en cuestión, pero las advertencias de Laura me han descolocado y alarmado un poco, sobre todo porque no sabía con qué clase de reacción imprevisible podía atacarme la misteriosa Abril, ni hasta qué punto sabía escribir. Lo peor que podía pasar era que se pusiera a desmenuzar mis libros con argumentos convincentes, cosa que, de momento, gracias a Dios, no me ha ocurrido en ninguna escuela. Lo más feo que me han soltado es que cierto libro no les gustaba porque era demasiado «lento». Entonces, mientras esbozaba una sonrisa forzada, me decía para mis adentros: «Tú sí que eres lento».

Los alumnos han ido entrando en el aula dirigiéndome miradas escrutadoras o indiferentes, sonrisitas perversas y algún que otro vistazo tímido. Yo también sonreía sin parar, rígidamente, como tratando de ganármelos de antemano. En realidad, dominado por la curiosidad y un nerviosismo creciente, esperaba ansioso la aparición de Abril. Reconozco que estaba nervioso. Muy nervioso. Pero en cuanto la he visto (la he reconocido en el acto), se me ha hecho de repente un nudo en el estómago de lo más extraño.

De inmediato, como recuperada de un archivo que ya daba por perdido, la figura de Botticelli se ha superpuesto en mi mente a la persona de carne y hueso. Las dos se parecían de forma extraordinaria, hasta en su modo de andar majestuoso (pues Flora, en el cuadro, avanza majestuosa hacia el espectador). Las dos llevaban vestidos con dibujo de flores (haciendo caso omiso de la moda), collar también de flores (el de Abril era mucho menos exuberante, una especie de popurrí de bisutería compuesto de bayas, moras y frambuesas); tampoco se adornaba el pelo con flores, como su doble del cuadro, pero lucía unos pendientes en forma de margaritas que asomaban entre las ondas de su melena rubia. Las dos tenían la mirada verde, dulce e irónica a un tiempo, y la misma sonrisa sibilina. La única diferencia era que Abril no iba descalza.

Después de mirarme de frente con esa sonrisa enigmática, se ha colocado al fondo de la clase; sin embargo, gracias al magnetismo de su presencia, era como si estuviera en la primera fila. Los alumnos restantes la trataban con una especie de respeto temeroso (seguramente ya conocían sus reacciones imprevisibles).

He empezado el «diálogo» con los alumnos de modo un tanto insípido y maquinal (los efectos de la ginebra se disipaban rápidamente, pero también es verdad que sus preguntas no eran menos insípidas y maquinales, dejando

aparte el poco interés que suscitaban mis respuestas); entretanto me dedicaba a analizar ese nudo angustioso que notaba aún en el estómago.

Su causa se ha ido aclarando poco a poco: Abril me recordaba a una chica que conocí muchos años atrás. No voy a andarme con rodeos: era una chica con la que salí algún tiempo. Dejamos de vernos no recuerdo por qué, y no volví a tener noticias tuyas. Hasta ese momento estaba convencido de que la había olvidado. Lo más angustioso de todo era que yo tenía casi cincuenta años, y ella poco más de dieciséis. No, no me refiero a entonces, sino a ahora. Abril tenía el mismo aspecto que la chica de mi juventud, pero yo, naturalmente, había cambiado bastante. Era como si el tiempo solo se hubiera metido conmigo y a ella la hubiera perdonado.

Ha sido entonces, mientras me hallaba entregado a tan melancólicas cavilaciones, cuando Abril ha levantado la mano (descubriendo una pulsera cuajada de rosas diminutas) y me ha soltado la pregunta de siempre: «¿Está escribiendo algún otro libro?».

Pero no era exactamente la pregunta de siempre. El tono variaba. Estaba formulada con segunda intención, en un tono entre dulce e irónico, muy parecido a su mirada y a su sonrisa.

Tal vez eran imaginaciones mías, pero qué más da. El caso es que en ese preciso instante, al oír su voz (que me ha parecido tan suave como el roce del pincel de Botticelli contra la madera) ha ocurrido algo espantoso.

Me he echado a llorar.

Mi peor pesadilla, por fin, se hacía realidad: perder el aplomo (en mí siempre precario) y desmoronarme ante una clase llena de alumnos. Ello me convertía en otra cifra de las estadísticas sobre el desmoronamiento colectivo del personal docente.